

Robert Archer, *The problem of woman in late-medieval Hispanic literature*, London, Tamesis, 2005.

Durante la baja Edad Media, una parte importante de la literatura intentó analizar y resolver una duda que desde la Antigüedad muchos sabios y Padres de la Iglesia se habían planteado: «¿Qué es la mujer?». ¿Un mal que desde la creación ha condenado al hombre, un ser imperfecto como Eva? o ¿un instrumento de Dios para la salvación, imagen de la bondad divina, como lo fue María?

El profesor Robert Archer, después de realizar un breve repaso de las teorías de otros estudiosos acerca de este tema, examina varios textos pertenecientes a distintas tipologías (debates, *exempla*, literatura didáctica, *maldezires*, sermones, etc.) y afirma que el debate filosófico, que consolidó dos visiones antitéticas y estereotipadas de la mujer, se transforma en el tardo Medioevo en un tema literario para explotar y llevar a sus máximos y más rebuscados límites retóricos. En este estudio Archer muestra la complejidad de actitudes sociales e intelectuales hacia la mujer, que se revela a través del análisis del extenso *corpus* de textos del área española. El autor proporciona también la idea de que éste no fue sólo un sencillo «ejercicio de estilo», sino un fenómeno intelectual muy articulado.

Veamos algunos de los ejemplos de esta esclarecedora monografía sobre el tema de la mujer, que nada tiene que ver con los últimos ensayos de crítica feminista contemporánea, por si alguien se esperaba otro tipo de aproximación.

El *De institutione foeminae christianae* (1522-1523) de Juan Luis Vives, en parte adaptado al español en el *Prólogo* de Juan Justiniano en 1528, es la primera obra que no se detiene en dar una mera definición de «mujer», sino que ofrece unos preceptos directos a las jóvenes doncellas, a las casadas y a las viudas para que vivan según la ley de Dios. Otros escritores anteriores a él lo intentaron, anota Vives, pero siguiendo una perspectiva muy distinta: en primer término, se dirigían a los hombres, y no directamente al público femenino, ya que según la tradición patristica, los varones

eran los que tenían el deber de regir a las mujeres; segundo, esta forma de «enseñanza» no había ayudado de ninguna manera el progreso de la educación femenina, al contrario, había generado confusión y mal entendimiento. El autor de este tratado enfatiza en la importancia de la mujer como parte esencial de la estructura social, mientras acentúa la necesidad de un soporte y guía constante por parte del hombre: a lo largo del texto hace referencia a varios *exempla* de mujeres virtuosas y las cita como modelo a imitar.

Archer recalca también, en esta discusión sobre el rol de la mujer, la presencia de elementos humorísticos o de «guiño al lector»: ya en *Le livre de la cité des dames*, de Christine de Pizan, unos hombres preguntan a Doña Razón qué piensa ella respecto al lugar común medieval de discriminación que utilizaban muchos predicadores, o sea, que Cristo se reveló después de su resurrección antes a una mujer, María Magdalena, y sólo después a uno de sus discípulos hombres, para tener plena seguridad de que la noticia se difundiera más rápidamente. La personificación femenina del saber, Doña Razón, abduce como respuesta que quien dice eso no tiene en cuenta que está indirectamente blasfemando a Dios, porque presume que Jesús, el Mesías, difunde la «buena novela» a través del vicio y por eso estaría cometiendo un pecado muy grave. Un pasaje del *Jardín de nobles doncellas* (1468 circa) de Martín de Córdoba utiliza esta misma historieta misógina de risas para ilustrar el defecto común de las mujeres de hablar demasiado, y como él muchos otros. Ahora, en el *corpus* hispánico destacan dos trabajos en particular que se caracterizan por rasgos del «ridículo»: *Lo somni* (finales del s. XIV) de Bernat Metge y el *Spill* (segunda mitad del s. XIV) de Jaume Roig. En el *Somni*, como en la *Consolación de la filosofía* de Boecio, varios personajes mitológicos e históricos del pasado se aparecen ante Metge dándole sus particulares puntos de vista sobre todo argumento. En la visión de Bernat dos figuras, Orfeo y Tiresias, muestran su antipatía en contra de las mujeres, y sobre todo el segundo que encuentra hasta veinte argumentos para descalificar al sexo femenino (que proceden todos de una larga tradición, Aristóteles, Juvenal, Boccaccio), para citar algunos: la belleza exterior de las mujeres es falsa ya que se puede atribuir enteramente al uso de cosméticos; son muy vanidosas, son presuntuosas y demasiado locuaces, y el listado de defectos sigue y sigue. Tiresias añade también que Orfeo salió ganando en el perder a su mujer Eurídice, si sólo razonara un poco en las desgracias que las mujeres atraen encima de los hombres. En el *Spill* encontramos los mismos elementos de crítica misógina, pero el Roig añade que

no obstante la maligna naturaleza femenina sí existen dos mujeres que se salvan entre todas: la Virgen María y su difunta esposa.

Hasta la cuarta década del siglo XV no aparecen en España textos escritos específicamente en defensa de la mujer, y los primeros que aparecen son breves pasajes dentro de obras de tamaño mayor y cuyo tema principal es otro. Unos de los ejemplos de este género literario es el libro de caballería *Tirant lo Blanch* de Johanot Martorell (mitad del siglo XV). Entre los capítulos 169-173 se encuentra una pequeña discusión entre el caballero y la princesa Carmesina cuando, en presencia también de otras damas, el héroe no puede resistir a sus deseos de tocarla. Las varias mujeres, entonces, ruegan al convaleciente Tirant que regrese de inmediato a su misión primaria, la guerra en contra de los turcos. Carmesina, además, utiliza argumentos misóginos para convencerle de no poner en riesgo su honor caballeresco por las sencillas gracias y mercedes de una doncella: recalca la larga historia de mujeres traicioneras aportando ejemplos bíblicos y medievales de hombres caídos en sus trampas, como Salomón, Sansón, David o Hipócrates, Aristóteles y Virgilio. Lo extraño es que estas palabras de crítica hayan sido pronunciadas por una exponente del sexo femenino, de forma que la respuesta esperada en defensa de estas acusaciones se confía al caballero enamorado. Tirant, por el contrario, afirma que todos los doctos antiguos y modernos están de acuerdo acerca de la superioridad de la mujer frente al hombre. Dos son los argumentos que aduce para demostrar la dignidad y excelencia de las mujeres: el primero, que Cristo decidió revelarse después de su resurrección antes a un mujer y sólo después a sus discípulos (el mismo argumento de los misóginos pero con otra perspectiva) y el segundo, que aparece también en el *Triunfo de las donas* de Rodríguez del Padrón, que un hombre puede lavar sus manos una vez y después no tocar nada, y al lavarse otra y otra vez el agua siempre caería sucia, mientras de las manos de las mujeres el agua que cae es «clara y neta», y ésta es una directa experiencia que él tuvo y no hay refutaciones a este hecho.

Otra voz que se levanta en esta *querelle*, y de particular interés, es la de Pedro Torroellas en su *Maldezir de mugeres* o *Coplas de las calidades de las donas* (mitad del siglo XV), copiado numerosas veces por la tradición cancioneril. Mientras Vives defiende una «justa» formación que ayude a la mujer a cumplir con sus deberes hacia la religión y hacia el hombre, la visión misógina de este otro autor, que continúa una larga usanza —y siempre Aristóteles a la cabeza—, se expresa de esta forma: «Quien bien amando persigue / dona, a sí mesmo destruye», «De natura de lobas son», «Son todas naturalmente / malignas et sospechosas», «Muger es un animal /

que se diz' hombre imperfecto» y, de este modo, va realizando con ritmo obsesivo un extenso listado de defectos y maldades que caracterizan, a su decir, a todo el sexo femenino, a partir de la «dona» que despreció su amor. La particular importancia que se debe a la obra de Torroella es debida sobre todo a que antes de su *Maldezir* el general vilipendio a las mujeres o a una dama en específico era prácticamente desconocido al mundo cancioneril castellano, aunque existían algunos ejemplos de difamación pero siempre a manera de burla y no como género literario.

Estos son sólo unos de los ejemplos de más relieve que el profesor Archer considera y compara en su estudio. Otras obras son: el *Castigos y doctrinas que un sabio daba a sus hijas*, el *Libre de les dones* de Eiximenis, el *Arcipreste de Talavera* de Alfonso de Martínez de Toledo o el *Libro de las virtuosas e claras mugeres* de don Álvaro de Luna.

A partir de los escritos seleccionados y de su interpretación, el autor descarta tres argumentaciones generalmente aceptadas para confirmar su tesis de «indeterminación del concepto de mujer». La primera toma en cuenta el contexto histórico, cultural y político de cada discurso y pone de relieve cómo la forma literaria en la que se presentan los textos da a los lectores la apariencia de un debate a través del tiempo, en el que cada escritor contesta o refuta las consideraciones de los que le han precedido, y subraya cómo todo es una quimera, o un juego intelectual bien orquestado. El segundo concepto que no se revela es la afirmación de que los varios escritores asumen uno u otro bando, *pro o contra* la mujer, según los gustos y las épocas, y, cómo de todas formas, ninguno tiene realmente razonamientos originales. Todos se reconducen a unas representaciones que ya en la Edad Media son unos *clichés*, sin aportar cambios radicales de pensamiento. En tercer lugar, rechaza también la teoría de que en realidad a los escritores no les interesa efectivamente este tema, sino que lo utilizan según los fines retóricos de sus discursos, mientras el problema innegable al que todos se enfrentan es la imposibilidad de destacarse del dictamen de las *auctoritates* para avalar sus propuestas.

Todas estas características llevan a una conclusión que une todo el *corpus* aquí considerado: no existe ninguna visión clara y definida del tema de la mujer en la baja Edad Media y los conceptos expuestos por los distintos escritores se determinan sólo en la medida en que se examinan los fines específicos de cada uno de los textos.

Este ensayo puede considerarse de gran utilidad para quien se acerque por primera vez al tema de la misoginia medieval gracias a su visión general y variada; al mismo tiempo ofrece a los estudio-

sos de la materia algunas propuestas sugerentes para futuras investigaciones.

Elisa Borsari
[Centro de Estudios Cervantinos]

El cantar de Roldán, versión de Benjamín Jarnés y estudio inicial de Juan Manuel Cacho Blecua, Madrid, Alianza Editorial, 2003, 219 pp. [79 pp. introducción].

Publicada por primera vez por Alianza en 1979, la versión de *El cantar de Roldán* del aragonés Benjamín Jarnés sale de nuevo al mercado, en esta ocasión con el aliciente de estar precedida de un riguroso estudio preliminar de Juan Manuel Cacho Blecua, cuya labor viene a sumarse a la reciente estrategia de esta editorial de reimprimir «clásicos» de la literatura, ahora prologados por destacados especialistas. Se trata de una meritoria iniciativa por cuanto permite a un público no especializado acceder a versiones modernizadas de textos castellanos, sin que cuestiones lingüísticas o abrumadoras anotaciones culturales dificulten el acercamiento al trasfondo histórico, sociológico y literario en el que el original se compuso y difundió.

A este contexto se ajusta, en efecto, la presentación del profesor Cacho Blecua, quien ofrece al lector no iniciado una visión panorámica y de conjunto de la gesta medieval desde perspectivas complementarias, en una tarea científica cuyos resultados rebasan ampliamente la función divulgativa de la serie porque incorpora en sus páginas sagaces conclusiones personales. Es una puesta al día puntual y minuciosa de los estudios sobre la prolífica actividad literaria de la aventura de Roldán a partir de una completa y actualizada bibliografía.

En el prólogo el análisis de *El Cantar* se dispone jerárquicamente, a partir de relaciones de dependencia y subordinación, que van de lo general a lo particular. El relato de los hechos y su cotejo con la recreación literaria del manuscrito de Oxford apuntan a una reinvención, alejada de la fidelidad histórica (pp. 9-15). De este modo, lo literario acaba imponiéndose y desplazando a lo histórico mediante una lectura interesada, seleccionando y manipulando la acción según el rendimiento narrativo, recreando y alterando el punto de vista, y focalizándolo en aquellos acontecimientos, inventados o no, cuya relevancia se pretende vivificar. Con estas